

Maquiavelo

Rosario Miranda

Los vándalos saquearon Roma en el año 455 conducidos por su rey y caudillo Genserico; buscaban botín y se apoderaron de todo lo que encontraron de valor, pero no llevaron a cabo destrucciones inútiles ni carnicerías; Roma quedó empobrecida pero intacta, con lo cual, que la palabra vandalismo haya derivado en sinónimo de destrozo insensato es una imprecisión histórica y una injusticia filológica. Lo mismo puede decirse de que Diógenes –el hombre que Alejandro habría querido ser de no haber sido Alejandro– bautice un síndrome que es una tergiversación palurda del principio de que uno es más libre mientras menos posesiones tiene. Una injusticia es también que del marqués de Sade, uno de los pensadores más lúcidos de la Ilustración europea, haya quedado, solamente y para casi todos, el concepto de sadismo y el adjetivo «sádico», que designan el placer que se obtiene de infligir dolor a otros; respecto al pensamiento de Sade, el sadismo es verdad, pero no es toda la verdad; se trata, por tanto, de una flagrante metonimia. En este orden de cosas ocupa un lugar destacado el adjetivo «maquiavélico», usado comúnmente para designar acciones o personas moralmente perversas, carentes de reparos o escrúpulos a la hora de utilizar la crueldad, la hipocresía, la mentira, el engaño, el fraude o el crimen para lograr lo que quiera que se propongan. Si esta deriva semántica de la doctrina política de Nicolás Maquiavelo es fruto del desconocimiento de la verdad como en el caso de los vándalos o de Diógenes; si es fruto de generalizar una parte de la verdad como en el caso de Sade, o es un añadido a la verdad respecto al pensamiento de Maquiavelo, es decir, si está justificada o no semejante reputación del maquiavelismo, es cuestión que puede dirimirse abordando de primera mano, no a través de habladurías, el pensamiento del renacentista florentino que, entre 1469 y 1527, fue contemporáneo y vecino de Sandro Botticelli, Marsilio Ficino, Miguel Ángel Buonarroti, Girolamo Savonarola o Lorenzo el Magnífico.

Floencia era entonces una de las ciudades-estado de Italia, como Nápoles, Venecia, Milán o Roma, en un momento en que el Estado nacional acababa de nacer y estaba en proceso de consolidación en Francia y sobre todo en la España unificada por los Reyes Católicos. Los Estados nacionales, que eran lo políticamente moderno, trataban de aglutinar el cuerpo social en torno al soberano, tenían una administración centralizada y, sobre todo, ponían las bases para un ejército nacional permanente en contraposición a ejércitos provisionales, compuestos por levvas reclutadas para las campañas y mercenarios contratados. Francia y España tenían pretensiones de hegemonía en Europa, eran potencias con apetito de expansión ante las que los pequeños Estados italianos veían peligrar su autonomía. En este contexto político de crisis, el objetivo de Maquiavelo era que Italia se regenerara y modernizara, que se constituyera como un Estado unificado y

fuerte, que se insertara en la política global europea, de modo que los pequeños Estados que la integraban dejaran de ser presa codiciada por las potencias extranjeras. Ese era su norte, su propósito, un propósito a conseguir urgentemente: los españoles ya gobernaban Nápoles y el ejército francés rondaba Florencia. El ideal de Maquiavelo era que Italia se constituyera como un Estado nacional y que ese Estado fuera una república con centro en Florencia, pero, desde el objetivo urgente de salvar Italia de los extranjeros, más imprescindible que la república era la unificación, por lo que consideraba a Fernando de Aragón un modelo a imitar y, habiendo ocupado cargos en el gobierno de Florencia cuando era una república, trató de seguir ocupándolos cuando la ciudad volvió a estar gobernada por los Medici. En los libros de Maquiavelo, escritos cuando estaba apartado de la política activa, se percibe la angustia de quien ve desmoronarse un mundo, conoce el remedio a esa situación pero carece de poder para ponerlo en práctica, con lo cual comunica ese conocimiento, lo ofrece y lega a quienes sí tienen ese poder o pueden tenerlo: Lorenzo el Magnífico, a quien está dedicado *El príncipe*, y las generaciones venideras, destinatarias de su principal obra, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Florencia tuvo un régimen republicano desde principios del siglo XII hasta que Cosme de Medici dio un golpe de Estado en el primer tercio del XV, en 1434; entonces la familia Medici controló la ciudad, no sin oposición, hasta que las tropas francesas llegaron a las puertas de la ciudad cuando gobernaba Pedro de Medici, que hizo con el rey francés un trato de no invasión muy costoso y desfavorable para Florencia; ello desató una insurrección ciudadana y Pedro de Medici huyó. Quien pactó entonces con el rey francés y lo disuadió de ocupar Florencia fue una delegación ciudadana encabezada por Girolamo Savonarola, fraile dominico que venía profetizando la toma de la ciudad por los bárbaros a causa de la tiranía y la corrupción, abogaba por la regeneración moral y por una política fundada en el gobierno de la ley. Así se restauró en Florencia la república, que Savonarola presidió cuatro años, hasta que la curia romana puso fin a sus invectivas sobre la corrupción de la Iglesia ahorcándolo y quemándolo en la plaza de la Señoría. A Savonarola le sucedió Paolo Antonio Soderini y, en ese gobierno, a Maquiavelo, de 29 años, le fue asignado un alto cargo relativo a los asuntos exteriores de la república, a la diplomacia y a la guerra, cargo en cuyo desempeño conoció los entresijos de la política italiana e internacional y los problemas de una organización militar eficaz. Ejerció sus funciones hasta que la república fue derrocada nuevamente por los Medici dieciocho años después, y en el ocio forzoso que le sobrevino empezó a escribir *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, actividad en la que intercaló la escritura de *El príncipe*, opúsculo que dedicó y regaló a Lorenzo de Medici, señor de Florencia; lo hizo –el libro y la dedicatoria– por promoción personal, para alcanzar su favor en un intento por volver al ejercicio de la política, y también, como antes señalamos, por la urgencia que sentía de que se resolviera la crisis que padecía Italia, con república o sin ella. Logró una ocupación política menor, ser cronista de la ciudad, escribió las *Historias florentinas*, y esta vinculación a los Medici le cerró el acceso a la política cuando la república volvió a restaurarse en 1527; ese mismo año murió.

Al escribir –según dice explícitamente en el preámbulo de las dos obras citadas–, Maquiavelo pretendía enseñar a los príncipes italianos y a los jóvenes lo que ha-

bía aprendido a lo largo de su experiencia política en el gobierno de Florencia y en sus misiones diplomáticas en el extranjero, y también lo que había aprendido cavilando sobre la historia, el pasado consignado en los libros; quería transmitir –dice– el conocimiento adquirido mediante una larga experiencia de las cosas modernas y una continua lectura de las cosas antiguas. De las cosas antiguas aprendió a través de los escritores de la Antigüedad cuyas obras estaban en la biblioteca que había reunido su padre; leyó a Aristóteles, a Cicerón y a otros filósofos griegos y romanos, a historiadores como Tucídides, Plutarco o Tácito, y leyó, sobre todo, *La historia de Roma desde su fundación*, de Tito Livio, que relata las empresas políticas y militares que permitieron a Roma, una pequeña ciudad, convertirse en una república libre y poderosa que duró cinco siglos.

Maquiavelo, por lo tanto, nutría su sabiduría política de su propia actividad en el gobierno y de la actividad política de otros en el pasado, convencido de que el conocimiento político, como el conocimiento de la naturaleza, se obtiene a partir de la experiencia; rompió así con la forma tradicional de conocer la realidad y contribuyó a consolidar lo que con el tiempo se llamaría método experimental o método científico. Él dio en el estudio de las cosas humanas esa vuelta de tuerca que por la misma época estaba dando Copérnico en astronomía: para hablar del universo el camino o método no es tener ideas preconcebidas sobre el cosmos y ajustar a ellas lo que se observa; el camino es observar el cielo y después explicar lo observado; no han de ajustarse los hechos a la teoría, sino la teoría a los hechos. Hasta Maquiavelo las ideas políticas estaban desvinculadas de la práctica, de las acciones efectivas de los hombres: en el mundo cristiano el fundamento del poder político era Dios y la racionalidad del derecho se basaba en la ley divina; en la Antigüedad pensadores como Aristóteles o Cicerón hablaban de los buenos gobernantes en términos de que habían de ser prudentes, justos, moderados, clementes, generosos, leales. Observando en los libros la práctica política de los antiguos y observando en vivo la de sus contemporáneos, Maquiavelo sostiene que si un gobernante sigue esos criterios en toda circunstancia perderá el poder y será objeto de escarnio, como enseñan numerosos casos a lo largo de la historia y el episodio reciente de Soderini, que trató con clemencia y benevolencia a los partidarios de los Medici, enemigos de la república, no tomó las medidas duras que la gravedad de la situación requería, siendo este buenismo la causa principal de que volviera a Florencia la autocracia. Un gobernante que quiera ser siempre bueno en medio de muchos que no lo son inevitablemente perderá el Estado; para conservar el Estado es necesario aprender a poder ser no-bueno, adquirir la capacidad de ser no-bueno y utilizar esa habilidad en caso de necesidad; el príncipe –el gobernante en general– ha de ser capaz de no alejarse del bien pudiendo hacerlo, y de saber entrar en el mal si es necesario. Maquiavelo no enseña que el fin justifica los medios, frase o sentencia que nunca escribió; en caso de haberla escrito, habría añadido que no todos los fines valen; no enseña que para el gobernante es lícito hacer lo que está prohibido para los demás y que puede ser por axioma amoral y déspota; enseña que quien se propone liberar a un pueblo, fundar un Estado, rescatar una república corrupta o ponerse al frente de Italia para liberarla del dominio extranjero tiene que internarse en el mal si es necesario, no debe temer que se le considere cruel, sino saber llevar a cabo lo necesario para la obra.

Maquiavelo es consciente de que este modo de considerar la esfera política, desde la práctica real de los hombres, supone una ruptura radical con una larga tradición de pensamiento, pero –dice– los que han escrito sobre las cualidades

que ha de poseer un gobernante han imaginado repúblicas y principados que jamás se han visto ni conocido, inexistentes en la realidad. Dice en *El príncipe* que al alejarse de lo que muchos han escrito antes que él en materia política no pretende destacar y presumir, sino dar consejos basados en la realidad, no en la imaginación. Según Cicerón –dice–, «nada que sea cruel puede ser jamás útil»; Maquiavelo replica que para desmentir eso no hay que pensar más que en las guerras, y que se trata de distinguir entre crueldades: hay unas mal utilizadas y otras bien utilizadas. No se trata de saber cómo debe ser el poder, sino de saber cómo es, como en astronomía no se trata de especular acerca de cómo han de moverse los astros sino de investigar cómo se mueven de hecho. Maquiavelo aporta al pensamiento sobre las cosas humanas un campo que hasta él estaba ausente de la reflexión: el estudio de la realidad del poder; Platón o Aristóteles hablaron de la ciudad-polis, de los ciudadanos, de los regímenes políticos, de la constitución de las ciudades o de la ciudad ideal, pero no hicieron una disección de cómo gobernaron Pisístrato, Pericles o Ciro el Grande, de la estrambótica carrera de Alcibiades o de las causas empíricas por las que funcionó la democracia en los periodos en que gozó de salud, y menos aún hicieron eso los filósofos escolásticos, sin menoscabo de la finura lógica de sus disquisiciones metafísicas. Para Maquiavelo la política, como la estrategia militar, está en el plano de la física, no de la teología ni de la metafísica, y no está en el plano de la moral; no es que la inmoralidad esté permitida en el ámbito político, sino que el ámbito de la política es ajeno a apreciaciones de tipo moral, no caben en él consideraciones de tipo moral, como no caben ese tipo de consideraciones en el ámbito de las matemáticas o de la fabricación de cuchillos, que pueden usarse para labrar la madera o para matar al vecino. La política es una técnica, y la teoría política no es un decálogo de virtudes sino la reflexión racional y objetiva acerca de cómo se obtiene el poder político y cómo se conserva; lo relevante en esa teoría no es la justificación del poder político, sino el conocimiento de los mecanismos efectivos por los que ese poder se logra y se mantiene. Maquiavelo, que conoce el medio político por los libros de historia, como funcionario de la república de Florencia y como embajador en el extranjero, dice que gobernar al margen de cualquier pretensión moral es la forma en que se comportan quienes actúan en la vida política, es lo que todo el mundo hace pero nadie dice, y que para gobernar bien lo mejor que puede hacerse es llamar a las cosas por su nombre y saber cómo funcionan; su tarea es construir una ciencia política, un saber que se atenga a la forma en que somos, un conocimiento que observe y describa, no que divague e idealice, que se ciña a lo que es en lugar de elucubrar sobre lo que debe ser, un proceder epistemológico que nace en su época y cosecha grandes éxitos y avances en astronomía como dijimos, en medicina con Vesalio o Miguel Servet y en otras disciplinas que entonces empezaron a ser ciencias.

En la ciencia política es esencial el concepto de virtud: un buen gobierno requiere virtud. Pero la virtud no consiste en la adecuación de la acción a unos principios morales, sino en la *areté* de los griegos y la *vir* de los romanos: energía, vigor, salud, ímpetu, arrojo, dinamismo, no poder ciego sino potencia de actuar, capacidad de actuar, de llevar a cabo proyectos y de tratar con las mudanzas del azar, al que la época se refiere como «fortuna». Hay que contar siempre con la fortuna y sus cambios, con esa variable, a la hora de tratar los asuntos humanos. Es preciso secundar la fortuna, adaptarse, actuar a tenor de las circunstancias nuevas, tener ductilidad, agilidad en el reconocimiento de la realidad, en lugar de empecinarse en lo que se quería tal como se quería. Mudar con la fortuna,

apoyarla, no oponerse a ella, acoplarse con el curso de las cosas, no embestirlo; tal proceder pertenece a la esencia del saber político, ser dúctiles y versátiles en los vaivenes del azar.

Estos componentes del pensamiento de Maquiavelo, mal cifrados por la posteridad como *el fin justifica los medios* y *hacer de la necesidad virtud* –algo que tampoco dijo, es una máxima de la moral estoica–, son lo único que suele conocerse de este pensador con el que una generación tras otra se siente obligada a encararse; pero el grueso del maquiavelismo está integrado por otras muchas ideas, algunas de las cuales se exponen a continuación.

La política es la acción de los hombres en relación con el Estado, siendo el Estado un artificio que los hombres han creado, producto de la evolución humana y surgido por azar, como el fuego. El Estado es un instrumento, no una entidad que existe por encima del hombre y le sobrevuela; el hombre es responsable del acontecer de los Estados, el protagonista de los sucesos políticos y el sujeto de la historia; por eso para hablar del Estado es preciso conocer a los hombres. Los hombres siempre se comportan igual, actúan igual, responden a los mismos estímulos y reaccionan en circunstancias similares de forma parecida, de ahí que la historia sea una fuente de conocimiento político tan valiosa como la experiencia directa: la naturaleza humana siempre es la misma. Somos un dechado de virtudes, por las que tendemos a actuar bien, y un dechado de vicios, por los que tendemos a actuar mal. Como la naturaleza humana es la que es y no la que querríamos que fuera, y como el buen hacer no suscita problemas, es nuestra propensión a actuar mal lo que no debemos perder nunca de vista a la hora de disponer las cosas públicas; también hay que tener en cuenta que en las cosas políticas, como en el resto de los asuntos humanos, no se puede quitar un inconveniente sin que surja otro, algo totalmente ventajoso no existe y es estéril buscarlo.

La causa de que actuemos mal son las bajas pasiones, principalmente la avidez, el ansia de tener más, la propensión o inclinación a desear más de lo que se tiene o de lo que se puede conseguir; en todas las sociedades unos quieren lo que no tienen o quieren más de lo que tienen, otros temen perder lo que tienen, y ambos grupos están enfrentados; entre esas dos corrientes o humores sociales –en terminología de la época– hay siempre confrontación. Por eso, la tarea principal de la política es canalizar la avidez y componer los grupos sociales, casarlos en un equilibrio que produzca paz, es decir, producir cohesión social. Y tan importante como esta tarea es que la cohesión social dure, porque las cosas humanas, todas, están siempre en movimiento: primero ascienden, después decaen y, de no renovarse, se corrompen; todo lo que dura, dura porque ponemos empeño en que lo haga, y nuestro poder para ello procede del conocimiento: todos los pueblos tienen los mismos deseos y los mismos humores y así ha sido siempre; por lo tanto, quien examine diligentemente las cosas pasadas puede prever las futuras y aplicar remedios. Sin ese conocimiento los mismos desórdenes se siguen siempre en todas las épocas, y la fortuna con sus mudanzas y reveses se impondrá siempre sobre la vida en común de calidad que los hombres son capaces de llevar a efecto. La lacra política por excelencia es la corrupción, entendiendo por ello no la acción moralmente corrupta de gobernantes que roban o engañan o se aprovechan de su cargo para su interés particular o para favorecer a sus fami-

liares y amigos, algo que para Maquiavelo es una lacra, sino la corrupción en el sentido de decadencia de todo lo que empieza; la corrupción a la que Maquiavelo se refiere es algo más físico, más metafísico si se quiere: la corrupción de un orden eficaz, de un estado de cosas que funciona bien, la degradación de lo bueno que somos capaces de alcanzar; corrupción es degeneración, no como categoría moral sino como fuerza de la naturaleza, una especie de erosión, de entropía, de tendencia al desorden en todo, incluidos en ese todo los Estados, regímenes u ordenamientos políticos que nos son beneficiosos.

Todos los órdenes políticos o formas de gobierno son justos si se establecen contra la tiranía y se referencian en el interés general, eso es lo que produce cohesión social. Desde ese marco funcionan bien monarquías, aristocracias y democracias; si no se atienen a esos principios, esos regímenes funcionan mal y se convierten en sus negativos: tiranía, oligarquía, desorden popular. En el momento en que se instituye o funda, cualquier orden político tiene sentido y prestigio y funciona bien; después se olvida el motivo por el que se fundó –contra la tiranía y por el interés general–, se pierde de vista el sentido y el objetivo que tenía ese régimen cuando se fundó y se degrada, se pervierte. Cuando la generación de hombres que funda un orden político se extingue, la memoria del origen de ese orden se pierde, la gente nueva no recuerda qué vino a resolver ese orden, para qué se instituyó, qué situación permitió superar, situación que gracias a ese orden las nuevas generaciones no padecen; entonces los gobernantes, elegidos al principio por su potencia y capacidad, hacen del gobierno una función hereditaria –de linaje, de clase, de facciones, de partido–, pierden la conciencia de que gobernar consiste en afanarse para producir una comunidad cohesionada, y convierten la política en ocasión de ocupar un cargo y mantenerse en él para darse a la suntuosidad y a la avaricia.

Este ciclo de generación y corrupción de los regímenes políticos no es sin embargo insoslayable. El buen funcionamiento del Estado puede durar, la salud del Estado puede preservarse, puede mantenerse, y puede hacerlo a través de la memoria: para lograr que un orden justo dure se precisa recordar el origen de las instituciones, la finalidad para la que fueron creadas y el sentido que en un principio tenían. La benignidad duradera en las cosas públicas viene de la memoria, de que no se adormezca el sentido que tenían las instituciones en su origen. Sólo manteniendo presente ese sentido, reactivándolo, el buen ordenamiento de las cosas públicas que somos capaces de alcanzar podrá además durar. La memoria de la que habla Maquiavelo no consiste en conmemorar acontecimientos históricos, ni en erigir parques temáticos a las tragedias, convertir campos de concentración en atracción turística ni ofrecer homenajes, indemnizaciones y privilegios a las víctimas de lo que sea, que son las formas en que actualmente se entiende y se ritualiza oficialmente la memoria. La memoria políticamente pertinente no es hacer aniversarios, martirologios o museos de horrores; es la que consiste en recordar por qué y para qué se fundó un régimen político que consideramos valioso, a fin de darle energía y sentido otra vez, a fin de darle virtud. No se trata de conmemorar sino de reiniciar, de hacer política con conciencia de qué significa gobernar y en quién reside la soberanía. Cuanto más fuertes sean los músculos de esa memoria, más protegida estará nuestra salud política. Renovar las instituciones es retrotraerlas a sus orígenes, cuando tenían buena reputación y capacidad de crecimiento; si no se reconducen a sus orígenes, fuente de su salud y sentido, los ordenamientos mueren necesariamente. A este propósito sirve renovar el gobierno cada cierto tiempo y, sobre todo, que los hombres que viven juntos se examinen a sí mismos a menudo, que piensen, que sean conscientes de

que el buen vivir de que disfrutan se apoya en la cohesión social y lo perderían de no cuidar esa cohesión, de no nutrirla. Así, mediante el ejercicio de pensar y mediante la memoria, se conserva la buena fortuna de los ordenamientos políticos. En este no dejar que el sentido de las instituciones se adormezca consiste la prudencia; la prudencia no remite a una virtud cardinal del gobernante sino a la vitalidad del sistema, a la duración del buen orden, a la fortaleza de la salud política.

Además de la memoria así entendida, otro factor o disposición útil para conservar la salud política es mantener en la austeridad a los ciudadanos particulares y ricas las arcas públicas, destinadas a lo común. La austeridad no impide el acceso a ningún cargo u honor sino al revés, conduce a elegir gobernantes en función de su capacidad; además, el límite a la riqueza es lo que permite que cualquiera pueda gobernar, porque, de lo contrario, los muy ricos pueden comprarse partidarios, introducen su interés privado en los ordenamientos públicos y en el seno del Estado crece una casta arrogante y dispendiosa que arruina la vida civil. La riqueza particular arruina las ciudades porque se infiltra en la política y produce el desentendimiento de que el objetivo de gobernar es la cohesión social. Los ciudadanos que ocupen cargos que enriquecen el erario público con su quehacer deben permanecer en la austeridad y volver a ser ciudadanos particulares frugales y discretos una vez cumplidas sus funciones públicas; quien entiende y usa el gobierno para vivir como rico se verá obligado a mantenerse en la política por motivos equivocados o a robar de cuantas formas pueda. Maquiavelo aconseja, pues, poner límite a la riqueza, no sólo a la pobreza, al igual que hizo en la Antigüedad Aristóteles, para quien, por encima de cierto nivel, la riqueza es corrosiva y una sociedad buena se compone sobre todo de clase media.

Otra medida de salud política es eliminar la impunidad, eliminar toda esperanza de actuar mal con impunidad. Una república bien ordenada no cancela los deméritos de los ciudadanos gracias a sus méritos pasados; si alguien obra mal, se le castiga aunque antes haya obrado bien, sin que sus buenas obras pasadas sirvan de atenuante. Cuando se observa rigurosamente esta regla una ciudad vive libre por mucho tiempo; en caso contrario se arruinará pronto la vida civil.

Otra condición, factor o variable que propicia la buena fortuna del Estado es tener conciencia del papel que cumplen las religiones en la vida pública, de sus efectos en la vida civil. La religión es un instrumento para el orden social, juega un importante papel en la vida pública en tanto activa o desactiva determinadas capacidades humanas. Las religiones concurren en la formación de los ciudadanos y tienen efectos en múltiples facetas de la vida pública, desde el uso político de la superstición a partir de fenómenos naturales como eclipses, hambrunas o epidemias, pasando por augurios extraídos a conveniencia de los gobernantes del análisis de las entrañas de las aves –lo que ha derivado en nuestras estadísticas–, hasta el recurso a la presunta omnisciencia y vigilancia de dioses o de Dios para apuntalar el cumplimiento de las leyes civiles. Respecto al catolicismo, Maquiavelo dice que desde el punto de vista político es una religión nefasta: ha impedido la unidad italiana, la Iglesia romana es una fuente inagotable de malos ejemplos, corrompe cualquier organización que toca, no fomenta el amor a la patria, no induce al civismo, a la fortaleza ni a la libertad sino a la humildad, la debilidad, la cobardía y el desinterés por la colectividad. No es de extrañar que los hombres fueran más amantes de la libertad y más fuertes en la Antigüedad, dadas las características de la religión que imperaba. Nuestra religión –dice– muestra la

verdad y dice que el camino verdadero conduce más allá de este mundo, y eso hace estimar poco o nada los honores mundanos; los antiguos estimaban dichos honores y los tenían por el supremo bien, con lo cual eran más arrojados en sus actos, tenían más sangre en las venas. La religión antigua beatificaba a hombres llenos de gloria mundana, como capitanes de ejércitos y jefes de repúblicas; nuestra religión, en cambio, glorifica más a los hombres contemplativos que a los activos y, sobre todo, pone el mayor bien en la humildad, la humillación incluso, y en el desprecio de las cosas humanas; cuando nuestra religión nos pide que tengamos fortaleza, lo que quiere decir es que seamos capaces de soportar, no de hacer; un acto de fuerza es aguantar, no crear. Este modo de vivir ha debilitado al mundo convirtiéndolo en presa de hombres malvados, los cuales pueden manejarlo con plena seguridad viendo que la mayoría de sus congéneres, con tal de ir al paraíso, prefiere soportar sus opresiones en lugar de resistirse. Tanto poder han tenido estas referencias cristianas en la educación que no hay en el mundo tantas repúblicas como había antiguamente, no se ve en los pueblos el amor a la libertad que antes tenían, sin olvidar el papel que jugó en ello el imperio romano.

Una república bien gobernada ha de amar la paz y saber hacer la guerra. La guerra es inmensa e inmundada crueldad que se desata principalmente sobre los no combatientes y los inermes, no cabe ensalzarla; pero la guerra sirve para fundar una república y para conservarla, es preciso tener una reputación tal que se sea temido por los vecinos. Es importante elogiar las virtudes militares –coraje, fuerza, disciplina–, porque la peor de las guerras es la de los bandos mercenarios, que viven de la guerra sin leyes, sin disciplina y sin honor. Es preciso contar con tropas propias, no servirse de tropas auxiliares; el ejército no puede ser bueno si no está ejercitado, y eso sólo se garantiza si está integrado por los propios ciudadanos. No siempre se está en guerra y es preciso ejercitarse también en tiempos de paz, algo imposible, por costoso, si el ejército estuviera formado por militares que no fueran los propios ciudadanos. Los soldados mercenarios son inútiles: se puede ver cuánta diferencia hay entre un ejército que combate por su propia gloria y otro mal dispuesto que combate por la ambición ajena. El amor y el valor no pueden nacer en otros; por ello es necesario, si se quiere mantener un Estado –república o reino– formar un ejército con los propios ciudadanos.

El régimen político más estable y libre –libertad de un Estado respecto de otros y libertad de los ciudadanos dentro de un Estado– es la república, donde los cargos públicos se eligen entre gran número de ciudadanos capaces; la república es un ordenamiento que mira por el bien común y pone los medios para lograrlo más allá de los prejuicios e intereses particulares. Como lo que hace grandes a las ciudades no es el bien particular sino el bien común, la república es el régimen político más civilizado; las repúblicas mal ordenadas o corruptas son en realidad oligarquías o tiranías disfrazadas. Además, en el fondo es falso el enfrentamiento entre interés particular e interés general, en tanto la libertad de que se goza en una república estimula la riqueza en la agricultura, el comercio y las artes, multiplica los esfuerzos de cada cual por adquirir bienes y ser industrioso; por efecto de la libertad tanto el bien público como el privado crecen.

Una república ha de ser ordenada por una sola persona; ha de ser uno aquel de cuyos métodos e inteligencia dependa la organización de la ciudad. Un organizador

competente vela por el bien común sin pensar en sí mismo y debe ingeniárselas para ser el único que ostente la autoridad; después, una vez organizada la república, dejará el gobierno no a uno sino a muchos, como hicieron Solón, Clístenes, Licurgo y otros fundadores de Estados que redactaron leyes adecuadas al interés general. La exclusión de la mayoría de la población del ejercicio del poder, propia de los regímenes no republicanos, se basa en la desconfianza –cuando no horror– hacia la multitud, desacreditada tradicionalmente como vulgo, chusma o canalla. Pero ese desprestigio de la multitud es un prejuicio según Maquiavelo: todos los escritores acusan a la multitud y todos los historiadores afirman que nada es más vano e inconstante que ella, pero de los defectos que se achacan a la multitud se puede acusar a todos los hombres en particular y sobre todo a príncipes y gobernantes, que de no estar sometidos a las leyes cometen los mismos errores que la multitud desenfrenada. La naturaleza de la multitud es similar a la de cada hombre, y en una multitud regulada por leyes encontramos más bondad que la que vemos en cada hombre por separado. En algunos emperadores romanos y en otros tiranos y príncipes encontramos más inconstancia y mutabilidad de comportamiento que la que nunca se ha visto en una multitud. Contra la común opinión de que los pueblos, cuando son soberanos, son variables e ingratos, Maquiavelo afirma que no se encuentran en los pueblos estos defectos en mayor medida que en los príncipes individuales. Un pueblo que gobierna y que está bien organizado es estable, prudente y agradecido, tanto o más que un príncipe sabio y, por otro lado, un príncipe libre de las ataduras de las leyes es más ingrato, mudable e imprudente que un pueblo. Observamos que las ciudades donde gobierna el pueblo hacen en breve tiempo extraordinarios progresos, como ilustra la grandeza que llegó a Atenas durante sus cien años de democracia y la que alcanzó Roma después de liberarse de sus reyes. Por otra parte, la crueldad de la multitud se ejerce contra aquellos de los que se teme que se apoderen del bien común, mientras que la de un príncipe se dirige contra el que teme que le arrebatase su propio bien. Las opiniones contrarias al pueblo abundan porque cualquiera puede criticar al pueblo libremente, sin miedo a represalias, incluso si es el pueblo quien gobierna; de los príncipes, en cambio, se habla siempre con temor y miramientos.

La cohesión social en la república no depende de la igualdad entre los ciudadanos entendida como anulación de la diferencia entre los dos grupos o humores sociales, los Grandes y el pueblo. Eliminar esa diferencia es más bien contraproducente; se trata de que los dos grupos tengan poder político, de que el poder político esté repartido entre los dos, de que gobiernen a la par, como ocurrió en la república romana; la ciudadanía única, indiferenciada, sin demarcación entre aristocracia y pueblo que propiciaron las leyes de Solón y Clístenes en Atenas fue la causa, según Maquiavelo, de que aquella democracia durara tan sólo cien años, interrumpidos además por dos golpes de Estado oligárquicos. Lo mejor para un Estado en la teoría política de Maquiavelo es un gobierno mixto como el de la república romana, que incluía el gobierno de uno a través de la figura del cónsul o institución del consulado, el gobierno de algunos a través de la del senado, y el gobierno de todos a través de los tribunos de la plebe. En la estructura del ordenamiento republicano de Roma estaban estos tres órdenes y un cuarto, la dictadura, ya que dicha república admitía y aconsejaba la intervención de un dictador provisional para abordar grandes peligros y situaciones imprevistas que requirieran gestión urgente, sin el ritmo dilatado y burocrático de la vida política normal; en esas situaciones la república romana otorgaba a un solo hombre poder absoluto, poder para tomar decisiones sin consultar a nadie y para poner dichas

decisiones en práctica sin apelación posible, no para tocar la estructura del Estado: el dictador podía despojar a alguien del consulado o expulsar a senadores del senado, pero no anular la orden senatorial ni hacer nuevas leyes. No fue el grado de dictador lo que hizo sierva a Roma –a la república le hizo bien casi siempre la institución de la dictadura–, sino arrebatarse la autoridad a los ciudadanos durante un tiempo muy largo y fuera de periodos de crisis, como ocurrió por ejemplo con Julio César. El problema de Roma con César no consistió en que fuera dictador, sino en que pretendiera serlo a perpetuidad; es cierto que la república estaba podrida, que ni el senado ni los tribunos de la plebe tenían por referencia el interés general; unos y otros utilizaban a los ciudadanos para alcanzar el gobierno, utilizaban el gobierno para enriquecerse y la lucha por el poder producía guerra civil, y es cierto que esta situación exigía objetivamente un dictador; pero César erró proclamándose dictador vitalicio y queriendo además ser rey; lo hizo con la intención de dejar a su muerte un sucesor y así impedir que se reiniciara la guerra civil, pero con ello convocó al fantasma que los romanos repudiaban con más virulencia, la monarquía, que identificaban secularmente con la tiranía desde que expulsaron a los reyes Tarquinos y fundaron la república; aborrecer la monarquía era un valor ciudadano esencial en la república romana que se inculcaba desde la infancia en la educación de los niños; de ahí que Shakespeare hiciera decir a Bruto tras asesinar a César: *no es que ame menos a César, es que amo más a Roma*.

Por la relevancia y justificación que, al igual que Roma, Maquiavelo otorga a la dictadura provisional, el proceder del príncipe, especialmente del príncipe nuevo, no es una alternativa a la república sino que la integra; el gobierno de un solo hombre es imprescindible para fundar una república y también en momentos de crisis extrema. Desde esta consideración no hay contradicción entre *El príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*; las ideas de *El príncipe* están contenidas en el proceder republicano del que tratan los *Discursos*, de forma que *El príncipe* puede verse como una especie de separata de los conceptos relativos a la autoridad de un solo hombre que se encuentran en los *Discursos*, autoridad justificada y necesaria en momentos como los que vivía Italia, desunida, débil y acosada por invasores extranjeros, en peligro de que los ciudadanos florentinos, milaneses, venecianos o napolitanos perdieran su autonomía y se convirtieran en súbditos de un rey ajeno. En pro de la independencia y libertad de los italianos Maquiavelo apremiaba a los príncipes que tenía cerca –los Medici de Florencia y de Roma– a que hicieran lo posible para que eso no ocurriera, trató de enseñarles cómo se conduce un príncipe nuevo, no el que hereda el poder, no el que lo toma por la fuerza, sino el que lo emplea para sanear y fortalecer un Estado. Por la blandura de Soderini Florencia había perdido la república y había caído bajo los Medici, pero peor que el gobierno de los Medici era que Italia se convirtiera en sierva o súbdita de un reino extranjero.

El príncipe no llegó a manos de los Medici ni sabemos si, de haber llegado, éstos lo habrían leído. Algunos ejemplares se distribuyeron recién escrito, en 1513, pero la versión impresa se publicó en 1532, cinco años después de su muerte, y en 1531 se publicaron los *Discursos*. En vida de Maquiavelo se editaron *El arte de la guerra*, *Historias de Florencia* y las comedias de enredo –la más célebre es *La mandrágora*– que escribía para paliar la tristeza que le producía estar apartado de la actividad política, comedias que se representaron con éxito en Florencia, Roma y Venecia.

Mientras vivió, poca o ninguna fama obtuvo Maquiavelo de sus obras capitales, sólo sus allegados leyeron su pensamiento político. Luego esas obras se imprimieron en prensas vaticanas, la Iglesia no puso objeción a sus libros hasta que la Reforma –iniciada en vida de Maquiavelo– se convirtió en un peligro; entonces empezó el proceso de demonización de su nombre, el nombre de un hombre que hizo a las virtudes cristianas responsables de las desgracias de Italia y criticó la corrupción de la Iglesia en términos sensatos y no histéricos como había hecho Savonarola. En 1559 fue quemado en efígie por los jesuitas en calidad de «maestro del mal», el papa Sixto IV incluyó sus obras en el Índice de los Libros Prohibidos y Maquiavelo se convirtió en la encarnación del ateísmo y de la perversidad. Después, al repudio de su concepción de la religión se sumó la incomodidad que se siente hacia quien nombra lo que todo el mundo hace, pero no se dice; el veto a Maquiavelo fue y es el *¡niño cállate!* que se espeta al impertinente que tiene la insolencia de no silenciar lo que se recubre de hipocresía. Maquiavelo no descubrió nada que no se hubiera hecho siempre en el medio político, pero lo nombró, lo fundamentó y lo enseñó; enfocó ese aspecto espinoso de la política y de la condición humana en un momento de auge de obras filosóficas, como las de Tomás Moro o Campanella, que dibujaban a un hombre capaz de organizarse en sociedades utópicas. Su forma fría, no religiosa y no edulcorada de presentar el gobierno del Estado causó escándalo hasta la Ilustración, que dejó de repudiar el ateísmo y colocó el principio de tolerancia y de neutralidad en materia confesional sobre la pugna de religiones. El nombre de Maquiavelo empezó entonces a situarse bajo otro signo, se dignificó: Spinoza, que maneja también los conceptos de república y de multitud, dedicó a Maquiavelo la primera parte de su *Tratado político*; Rousseau reconoció los *Discursos* como el esqueleto del maquiavelismo e interpretó *El príncipe* como una máscara literaria que esconde una defensa de la libertad; Herder y Fichte esgrimieron el pensamiento político de Maquiavelo para apoyar la aspiración a la unificación nacional de Alemania y de Italia; Hegel vio a Maquiavelo como un héroe en lucha por salvar a su pueblo de la decadencia y destacó su lucidez y la finura de su entendimiento. Aparte de estos reconocimientos, fue *El príncipe* lo que se asoció y se sigue asociando a Maquiavelo hasta la actualidad. Casi nadie sabe que su obra más elaborada y potente es *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y que esa obra trata de la república; los defensores de este régimen político citan como guías intelectuales a Kant, Locke, Rousseau o Montesquieu, no a Maquiavelo, que conserva la pátina de autor malvado, más que maldito. Por otra parte, muchas de las críticas demoledoras que Feuerbach y Nietzsche hacen al cristianismo en el siglo XIX están presentes en Maquiavelo, y también lo está la consideración –pertinente hoy– del Estado como un instrumento de ciudadanos que son sujetos de la política, no súbditos de un poder trascendente ni Hijos del Padre-Estado convencidos de que lo merecen todo sin aportar nada.

De resto, puede decirse que maquiavélicos en el sentido popular, es decir, en el sentido raquítico, desinformado y barato del término, son la mayoría de los políticos de ambos sexos. La diferencia entre los que son tildados de maquiavélicos y los que no es que estos últimos son menos astutos, menos intrépidos, menos ágiles, menos inteligentes, menos carismáticos, tienen menos ímpetu, no más nobleza.